

se agitaba en un rincón se percibía y llegaba hasta mi oído. Habría deseado no abandonar aquella habitación y que la mañana no disipara aquella atmósfera toda impregnada de mi alma y en la que me sentía como envuelta. Parecíame que mis sueños, mis pensamientos y mis besos, eran otras tantas esencias animadas que, en medio de aquellas tinieblas, revoloteaban al rededor de mi lecho y se extendían sobre mi cabeza. Y cada pensamiento era su pensamiento; cada sentimiento, su sentimiento. No sabía aún que era el amor; figurabaseme que podía ser siempre así y que semejante sentimiento se daba sin exigir la recíproca.



III

Un día, en la época de la recolección de los trigos, bajamos á pasar la tarde en el jardín Macha, Sonia y yo, yéndonos á sentar á nuestro banco favorito á la sombra de los tilos, y en un altillo del que se podían ver los campos y los bosques.

Hacia tres días que Sergio Milkailovitch no iba á vernos y le esperábamos aquel día con tanto mayor motivo cuanto que había prome-

tido á nuestro intendente ir á enterarse de la recolección. Y en efecto, á eso de las dos le vimos que cruzaba una altura por entre un campo de cebada. Macha, que me miró sonriendo, mandó que llevasen melocotones y cerezas, frutas que á él le gustaban mucho y después se recostó en el banco y se quedó adormilada.

Arranqué una rama de tilo, cuyas hojas y corteza estaban impregnadas de sávia y espartando las moscas á Macha continué mi lectura no sin volverme á cada momento hácia el camino que atravesaba los campos por donde debía llegar.

En cuanto á Sonia, sentada en una añosa raíz de tilo, se entretenía en hacer con hierbas una cuna para su muñeca.

Hacia un día cálido y sin viento y estábamos como en una estufa; las nubes, que formaban un vasto círculo en el horizonte, se habían ensombrecido desde por la mañana, y había en el aire una amenaza de tempestad que, como de costumbre en casos semejantes

exitaba mis nervios. Después del mediodía, esas nubes se iban dispersando, el sol se recortaba, en el seno de un cielo puro y el trueno no se oía más que en un solo punto rodando sus roncós ruidos en las profundidades de una pesada nube que, en el límite mismo del cielo y de la tierra, se confundía con el polvo de los campos, y de vez en cuando aparecía cruzada por las pálidas serpentinas de un lejano relámpago. Era indudable que, allí donde estábamos no era de temer la tempestad por aquel día. Al mismo tiempo y por la parte del camino que se podía descubrir detrás del jardín, no dejaban de oirse los lentos y prolongados chirridos de un carreta llena de haces, ó los rápidos vaivenes de las telegas (1) vacías que se cruzaban, ó se vela á sus conductores, cuyas camisas hinchaba el viento. El polvo espeso no volaba ni caía, sino que quedaba suspendido por cima de los setos á través de la transparente hojarasca de los árboles del jardín. Más allá; en lontananza se

(1) Carro empleado en el campo, y que algunas veces sirve para el transporte de viajeros.

elevaba el ruido de otras voces, hacia la parte de la granja el chirrido de otras ruedas y allí los dorados haces, llevados lentamente y amontonados al pie del cercado volaban por el aire é iban apilándose, y muy pronto mis ojos distinguieron una especie de edificios ovales rematados por agudos techos techos y las siluetas de los mozos de labranza que pululaban á su alrededor. Además de esto, en medio de los campos polvorientos, circulaban otras telegas, desfilaban nuevos amarillentos haces y desde allá lejos y entre el chirrido de las ruedas, llegaba hasta nosotros el rumor de las voces y de los cantares.

El polvo y el calor lo invadían todo, á excepción de nuestro rinconcito favorito del jardín y, sin embargo, en todas partes, en medio de aquel polvo y de aquel calor, y bajo los ardientes rayos de aquel sol que quemaba, se movía todo un pueblo de trabajadores que charlaban, bromeaban ó cantaban. En cuanto á mí, contemplaba á Macha que se había dormido, resguardándose la cara con su pañuelo

debatista, sobre nuestro banco; las cerezas bien negras, y jugosas, que se destacaban sobre el fondo del plato, nuestros trajes ligeros y resplandecientes de limpieza, en la jarra de cristal el agua límpida en la que se quebraban irisándose los rayos del sol y experimentaba un gran bienestar. ¿Qué hay que hacer? —me pregunté.— ¿Soy, pues, culpable por considerarme tan dichosa? ¿De qué manera hacer para esparcir al rededor esa dicha? ¿Cómo y á quién consagrarse por completo una misma y toda su dicha?...

El sol había desaparecido ya detrás de las copas de los frondosos árboles del camino, el polvo había caído al suelo, dejando al descubierto las lontananzas del pasaje más recorridas y más luminosas, bajo la acción de los oblicuos rayos del sol; y en cuanto á las nubes, se habían disipado por completo. Y veía, al otro lado de los árboles, tres nuevas pilas de haces y los mozos de labranza bajar de ellas y, en fin, por la última vez en ese día, pasar rápidamente las telegas, haciendo reso-

nar el aire con el ruidoso concierto de una marcha estrepitosa. Las mujeres, que mezclaban sus voces á la algazara general, regresaban á su casa, llevando el rastrillo al hombro y las cuerdas á la cintura. Y Sergio Mikailovitch no llegaba aun á pesar de haberle yo vuelto á ver hacía mucho tiempo al pie de la montaña. De pronto se presentó á un extremo del camino, en un sitio por el que no le esperaba porque había tenido que dar la vuelta al altillo. Al acercarse y mostrarme un rostro alegre y verdaderamente radiante, se dirigía hácia mí. Al ver á Macha, que seguía aún dormida, se mordió los labios, guiñó los ojos y se acercó andando de puntillas. Observé en seguida que se hallaba en aquel momento en una de esas disposiciones especiales de alegría, que no tienen una causa precisa, que á mí me agradaban tanto como á él y que entre nosotros solíamos llamar el «transporte salvaje». En aquel momento, parecíase á un colegial escapado de la clase y todo su sér, de la cabeza á los pies, respiraba dicha y alegría.

—Buenas tardes, querida Violeta; ¿cómo va esto? ¡Bien!—dijo en voz baja acercándose y estrechándome la mano... —Y yo también me encuentro perfectamente bien,—añadí lo mismo que si respondiese á una pregunta semejante hecha por mí, pues me parece que no tengo más que trece años y ganas de jugar á los caballitos y encaramarme á los árboles.

—¡El transporte salvaje!—exclamé mirando sus ojos sonrientes y comprendiendo que aquello me iba contagiando á mí también.

—¡Sí!—murmuró Sergio, y al mismo tiempo me hizo un guiño con los ojos y un esfuerzo para no echarse á reir.—Pero ¿por qué tenéis tan mala voluntad á esa pobre Macha Karlovna?

No me había fijado, efectivamente, en que, por mirarle, seguía yo moviendo la rama de tilo llena de hojas, con las que rozaba el pañuelo de batista y el rostro de Macha. Me eché á reir.

—Y luego dirá que no ha dormido,—añadí en voz baja como si tratase de no despertar á

Macha, pero en realidad, no lo hacía por esto, sino porque me parecía muy agradable cuchichear hablando con él. Sergio, por su parte, contraía los labios imitándome, como si me dijese en voz baja alguna cosa de la que convenía que no se enterase nadie. Viendo de pronto el plato de cerezas, fingió que se apoderaba de él á hurtadillas, como hacía Sonia, y fué á sentarse bajo el tilo, en el puesto de la muñeca. Sonia quiso incomodarse al principio, pero pronto organizaron un juego en el cual debían comerse entre ambos, y á más y mejor, las cerezas.

—¿Deseáis que mande á buscar más, ó queréis que vayamos á buscarlas nosotros mismos?—pregunté.

Cogió el plato, colocó las muñecas encima, y los tres nos fuimos á donde estaban los cerezos. Sonia, riéndose, corría detrás de él, tirándole del gabán para que le devolviese sus muñecas que la devolvió encarándose con mucha gravedad conmigo.

—¿Cómo es posible no convenir en que sois

la Violeta?—me dijo en voz baja, por más que no había por allí nadie á quien se pudiese despertar.—Desde que me acerqué á vos, después de haber arrostrado tanto polvo, calor y cansancio, creí percibir el perfume de la violeta, pero no ese perfume penetrante y fuerte de la violeta hecha ya, sino el de esa otra que es la primera que crece modesta y que respira á la vez las nieves postreras y las hierbas primaverales...

—Pero decidme, ¿marcha bien la recolección?—le repliqué para ocultar en seguida la alegre confusión que experimentaba con sus palabras.

—Marcha perfectamente. En todas partes es excelente este pueblo, y cuanto más se le conoce, más se le estima.

—Sí, hace un momento, antes de que llegáseis y desde el sitio en que me hallaba, seguía con la mirada el trabajo y tenía conciencia de que yo me estaba entregada á la ociosidad mientras ellos hacían tantos esfuerzos...

—No juguéis con esos sentimientos, Katia,

—me dijo interrumpiéndome con mucha gravedad, al mismo tiempo que me dirigía una mirada cariñosa,—porque el trabajo es una obra santa. ¡Que Dios os libre de aparentar en eso lo que no sentís!

—Por eso mismo es á vos sólo á quien lo digo.

—Ya lo sé. ¿Y las cerezas?

El cercado de las cerezas estaba cerrado y había ni un solo hortelano porque Sergio los había mandado á todos que fuesen á ayudar á los demás. Sonía se marchó corriendo en busca de la llave, mas Sergio no esperó á que volviese y encaramándose á uno de los ángulos y agarrándose á las plantas trepadoras saltó al otro lado.

—¿Queréis darme el plato?—me preguntó desde allí.

—No; porque quisiera cogerlas yo misma. Voy á buscar la llave que sin duda Sonía no encuentra.

Pero al mismo tiempo tuve el antojo de enterarme de lo que allí hacía, lo que miraba, su

manera de ser, en una palabra, cuando suponía que no le veía nadie. O tal vez más sencillamente puede muy bien ser que yo tuviese deseos, en aquel momento, de no perderle de vista ni un solo minuto. Empinándome, y á través de las ortigas, di la vuelta al cercado de las cerezas y llegué al extremo opuesto en el que la valla era más baja y subiéndome entonces sobre un cubo vacío, de manera que la parte alta de la valla sólo me llegaba al pecho, me incliné. Recorrí con la mirada todo lo que encerraba, los añosos árboles encorvados con sus largas hojas dentadas entre las que aparecían los grandes racimos de frutas negruzcas y jugosas que colgaban verticalmente, y metiendo la cabeza por entre las mallas vi á Sergio Mikailovitch, á través de las retorcidas ramas de un cerezo viejo. Estaba convencido de que me había marchado y de que nadie podía verle. Con la cabeza descubierta y los ojos cerrados estaba sentado sobre los restos carcomidos de un árbol caído y daba vueltas indolentemente entre sus dedos á un pedacito

de goma de goma de un cerezo. De pronto abrió los ojos y murmuró alguna cosa, sonriendo. Aquella palabra y aquella sonrisa se parecían tan poco á todo lo que había visto en él, que casi me dió vergüenza espiarle. Me había parecido, en efecto, que aquella palabra había sido «¡Katia!» Esto no puede ser, pensé. «¡Querida Katia!» repitió aun más bajo y con más ternura y esa vez no me equivoqué porque lo oí con toda claridad. El corazón me latió con tal fuerza y me sentí como penetrada por una emoción tan alegre, que me sobrecojí de tal manera, que tuve que agarrarme con las dos manos á la valla para no caer y revelar así mi presencia.

Oyó el ruido producido por el movimiento que hice, y miró como asustado á su alrededor y después bajó de pronto los ojos, enrojeció y se puso encarnado como un niño. Quiso decirme alguna cosa, pero no pudo lograrlo y su rostro se puso cada vez más encarnado. Sonrió, sin embargo, al mirarme y sonreí yo también.

Todo en su fisonomía respiraba felicidad; no, entonces era un anciano tío que prodigaba consejos y enseñanzas; sino que tenía yo ante mis ojos á un hombre que se hallaba á mi propio nivel, que me amaba y me temía; un hombre al que yo misma amaba y temía también.

No nos dijimos nada limitándonos á mirarnos el uno al otro; pero de repente frunció el entrecejo y con risa y centelleo de los ojos se borrarón al mismo tiempo para recobrar en mi presencia su actitud fría y paternal, como como si hubiésemos hecho alguna cosa mal hecha y se concentrase en si mismo, invitándome á mí á que hiciera otro tanto.

—Bajaos de ahí, que os haréis daño—me dijo—y arreglaos un poco ese pelo; ¡si viéseis á quién os parecéis!

¿Por qué disimulaba de aquella manera? ¿Por qué quería que yo sufriese así? pensé con despecho. Y aquel momento experimenté vivos deseos de turbarle aun más y de ver hasta donde llegaba mi influencia sobre él.